

## DISCURSO

**Pronunciado por el Presidente Dr. Ricardo E. Manuell en la  
Sesión Solemne del día 1º de octubre de 1917.**

Señor Director del Departamento Universitario y de Bellas Artes, Señores Representantes de las Corporaciones Científicas que se han dignado aceptar nuestra invitación y Señores Académicos:

No he llegado a esta tribuna enteramente por mi voluntad.

Estoy en ella porque en el Reglamento de la Academia hay un artículo mil veces calificado por mí, en este año, de tiránico para mí.

Artículo autocrático, cuyo texto manda del modo más terminante que el Presidente de la Academia diga un discurso al entregar su puesto.

La obligación es ineludible. Querer substraerse a ella sería una pluspetición, reprochable desde el intentarla, por razón de la inflexibilidad de las leyes reglamentarias que gobiernan nuestra Corporación como autoridades soberanas.

Nuestro Reglamento, señores, es un reglamento muy sabio; mucho muy sabio. Ha sabido preveer muchas cosas, muchísimas; menos ésta tan sencilla: *darse el caso de llegar a ser Presidente un académico que no supiera hacer discursos.*

Y bien, no exagero al decir que la legítima y muy noble satisfacción vanidosa de haber llegado, por el recto camino que siempre se ha seguido aquí, a ocupar el sillón presidencial de la Academia, se me agrió innumerables veces por el temor extremado, casi confiante con la fobia, de la llegada de este momento en el que en alianza inevitable el trascurso del tiempo y la incompleta sabiduría del Reglamento habían de traerme a este trance.

Cuando hace hoy un año cabal, mi muy ilustre antecesor, el Sr. Dr. D. Samuel García, nos deleitó desde esta misma tribuna con la lectura de su atildado discurso reglamentario, recuerdo haberle oído expresar en uno de sus galanos períodos, como al empuñar la dirección de la nave académica se había sentido temeroso de no llegar a contar con la habilidad necesaria

a la navegación por buenos rumbos; y como a poco hubo de convencerse de la tendencia natural en la Corporación para seguir por sí sola los mejores derroteros. Como que en cada sillón académico toma asiento un ojo avizor inteligente, perspicaz y de buena voluntad para conocer cuando es llegado su turno de señalar escollos, de indicar la mejor manera de salvar dificultades o de mostrar la vía más libre de tropiezos. Pues es de ver como en tales casos, y en muchos otros, ora uno, ya varios de estos experimentados miembros de esa marinería médica entran en ordenada actividad. Actividad consciente; es claro; espontánea, sin duda; pero con tales apariencias de automatismo, que parece tratarse de reacciones sobrevenidas con la natural presteza y el exacto ajuste del mecanismo reflejo de los mil fenómenos palpitantes de vida de los organismos superiores. Funcionamiento que si pudiera llegar a ser así en todas las agrupaciones humanas, sería digno de tenerse como el ideal más elevado a que debería aspirar toda colectividad social organizada y constituida con el propósito de hacerla alcanzar vida perdurable.

Bien vió, pues, aunque fuera *a posteriori*, el Dr. García.

Y quien quiera, aun siendo un extraño, con solo saber mirar bien el fondo de la cosa, y quererlo, podría confirmar el hecho. Nuestra Academia de Medicina es un organismo un tanto complejo, en el que cada órgano o miembro académico tiene como en la economía humana funciones generales, comunes, y funciones particulares, especiales; todas de consuno concurrentes al mismo fin, cual es el más completo, perfecto y armónico funcionamiento del conjunto, hasta donde ello es posible, dado no el enorme grado de energía orgánica encerrada en su seno, sino la cantidad utilizable de ella en el pobre y anarquizado medio en que vivimos.

Siendo esto así, concédaseme la razón o por lo menos excúseseme de haberme dicho a mí mismo muchas veces, hablando *in petto*: me río yo de los temores pre-presidenciales del Dr. García de no poder hacer andar bien lo que tan bien anda. Y compárense éstos, infundados, con el nacido de mi particular psicología, representado por una especie, la más insólita, de acceso crónico de un año, en fastigio constante y con plazo prefijado para venir hoy a resolverse en esta extraña crisis discursoide. A tal punto y tan anómala, hasta hacerme pensar en si tendrá sobrados merecimientos para alcanzar la honrosa distinción de ser clasificada como precioso ejemplo grafo-teratológico.

La atmósfera médica pura que de ordinario se respira en el Salón de Sesiones de la Academia se modifica notoriamente en estas solemnes. No es necesario ser osfresiólogo para notar que entonces huele a algo más. Este algo es la olorosidad, traída por nuestros invitados, de las sociedades ilustres que representan y de las ciencias que individualmente cultivan. Tras-

ciende ahora a una mezcla de espíritus acendrados, de émanaciones sutiles de la clase de las exhaladas por los más desarrollados y florecientes componentes de la flora del humano saber científico. Parece como si el aire estuviera impregnado fuertemente de la ténue esencia genuina de la intelectualidad. Y en este ambiente espiritualmente sereno, tranquilamente severo y apaciblemente augusto, como la diosa madre Ciencia que lo engendra y de muy alto lo nutre y le da su imponente solemnidad, es donde viene a exhibir su singular monstruosidad esta peregrina crisis deforme, no descrita aún semejante en ninguna de nuestras obras clásicas. Crisis heroica; terminal y curativa de mi dolencia psico-neurótica de un año; pero de cuya acción resulta víctima la paciente y bondadosa atención de los asistentes a ella, a quienes por gentiles no les queda más remedio —tal es al menos mi opinión médica— que el lenitivo harto incierto, más por fortuna no costoso, de exclamar mentalmente: ¡Oh incompleta sabiduría del consabido Reglamento!

Van con esta dos veces —las únicas de mi vida— que me veo en estos trances. Fué la primera cuando con asistencia del con toda justicia llamado **Presidente mártir** celebramos, si no de modo más solemne, sí de manera más rumbosa, la merecida honra del reconocimiento por parte del Gobierno, del valer científico y moral de nuestra Corporación, declarándola **Cuerpo Consultivo Oficial**. Buena parte tuvo el recuerdo de mis penas de entonces en la patogénesis de la enfermedad cuyas últimas convulsiones mentales tiene ahora la mala suerte de estar presenciando mi tan bizarro cuanto amable auditorio selectísimo.

Y como si en aquella vez mi poco fecundo intelecto hubiera dado de sí todo su discurso, llegando al agotamiento definitivo, ahora con trabajo asiduo, con empleo loco y con afán desaforado me eché a hurgar por entre todas las dislocadas estratificaciones constituyentes de la modesta sede de mi borroso psiquismo, sin dar con la substancia de un asunto que bien por sí mismo o ya por traerlo medianamente peinado y vestido fuera digno de presentarse en esta solemnidad.

Porque, vamos a ver —me cansé de preguntarme—, ¿de dónde tomo yo el especial discurso que se necesita para tejer el discurso que necesito?... Consideré repetidamente la pobreza de mis facultades y armamento para acometer en cualquiera de sus elementos el género de industria a que pertenece la industria de los géneros literarios, pues poco o nada sé fuera de la práctica de mi oficio, y mi herramienta se adapta menos aún a cosas diferentes de las de su propio destino; y preví, en consecuencia, lo que iba a suceder, o mejor dicho, lo que está sucediendo.

De qué materia prima echaría mano y, sobre todo, cómo me las iba yo a componer para tramar, teñir y adornar la tela. Esta era la cuestión.

Como que en casos como el mío la dificultad no reside precisamente en la falta de material, copioso aquí, por cierto, y aún variado, sino en lo difícil de hacer de él una elección acertada; mayormente cuando ha de ser sometido a reconocidos procedimientos defectuosos de manufactura que se quiere y no se les puede disimular ni a una simple ojeada de parte de los entendidos ante quienes se va a exponer la obra.

Quiero repetirlo: existe materia prima de sobra; falta la maquinaria apropiada para la elaboración.

Qué más materiales se pueden pedir cuando se cuenta con todos los almacenados en la historia ya más que quincuagenaria de la Academia. Y cuando sobraría con los más al alcance de la mano, todavía frescos por recientes, acabados de inventariar en la interesante reseña a que el señor Secretaría acaba de dar lectura.

En sabiéndolo elegir, por muy exigente que se sea, está visto que en esa reseña hay material en gran copia donde escoger.

Efectivamente, el año académico cuyas son estas honras funerarias que sonrientes saludan la llegada del nuevo período de trabajo, jubilosas le dan la bienvenida y solemnemente lo inauguran, no desdice bajo ningún concepto de los antecedentes de la siempre y ya proverbial labor de nuestro enjambre; antes bien, fué un año de los de actividad más señalada; de los que han depositado más cera y miel en la colmena. Dicho de otro modo, la Academia acaba de vivir uno de sus años de opulencia y guardar una rica cosecha al lado de sus valiosos depósitos de los años precedentes.

Guardar he dicho; y es esta la palabra en mi sentir más propia para expresar un hecho poco conocido fuera de este recinto.

Trabajos reglamentarios notables, tesis científicas trascendentes, dictámenes luminosos, relatos de casos clínicos plenos de enseñanzas útiles, observaciones médicas importantes, análisis de los resultados buenos o malos de ciertos tratamientos nuevos o viejos, comunicaciones sobre novedades y adelantos, discusiones provechosas de muchas cuestiones médicas interesantes y de algunos problemas médico-sociales de difícil solución, resoluciones a consultas venidas de fuera, etc., etc.; un conjunto, en suma, por su cantidad y calidad, revelador elocuente del alcance y capacidad de las fuerzas productoras actuales de la Corporación. Como balance de fin de año, una preciosa partida representativa del elevado saldo por utilidades líquidas que, una vez concentradas en la reseña del señor Secretario, pasan a cuenta nueva, a acrecentar la de Capital en los libros abiertos para asentar el cargo y data de las cuentas del año siguiente.

¿Libros abiertos?..... Pues cabalmente ahí es donde se encierra el hecho de que poco o ningún conocimiento tienen quienes no están cerca,

muy cerca, casi en contacto directo con nosotros, y al cual acabo de hacer referencia.

Si, señores; fuera de aquí se ignora generalmente que nuestra cosecha anual se va amontonando en los graneros, donde parte de ella se pierde por motivos varios y lo que del resto va al mercado, sale tarde, a veces muy años después, desmereciendo por ello si no en valor intrínseco cuando menos en oportunidad y por ende en interés.

Se ignora que los libros de la contabilidad científica de la Academia están abiertos... sí, constantemente abiertos para nosotros, los académicos, y uno que otro esporádico visitante. Bien que estén llevados siempre al día, casi nadie fuera de nosotros mismos sabe cuándo se acaba de hacer en ellos un asiento valioso: uno de aquellos asientos equivalentes a adquisiciones susceptibles de dar la vuelta al mundo de la ciencia como agentes conquistadores y luego conservadores de fama y renombre. De fama y renombre... para otros, en el caso no raró de venirnos como de importación, un producto, hechura nuestra, que por no haber sido señalado a su tiempo con la marca original, circula por donde quiera llevando una extranjera y haciendo muy difícil, si no imposible, la reivindicación de nuestros derechos de prioridad de fabricación.

Así se comprende por qué estos y otros particulares, no tan sabidos como fuera de desearse, traen por fuerza aparejada la consecuencia muy triste y nunca dejada de lamentar por nosotros, de no ser nuestro centro de trabajo tan conocido como debiera ni tan apreciado como merece.

Al expresar tal, como parecer mío, creo no estar equivocado agregando ser tal también el pensar y sentir del ánimo de la Corporación..... y de algunas otras ánimas, pocas, pero valiosas, que pienso nos conocen bien. Y conociéndonos, habrán ya señalado con el dedo, como discordancia muy chocante en esta orquesta que es la Academia, la existencia y subsistencia del sensible contraste patente entre el armónico juego de todos los instrumentos haciendo música selecta, y la escasez de los elementos materiales que facilitan el trabajo a los ejecutantes sumada a la penuria de los medios de dar a conocer el mérito de nuestros cantos.

Voy a tratar de explicarme acerca de lo que acabo de decir, pues poco ha faltado para que ni yo mismo lo entienda, por más que mi ánimo particular esté absolutamente convencida de saber y entender a la perfección todo cuanto quisiera y procura decir, y no dice, o lo expresa mal o a des-tiempo, por tener una circunvolución de Broca constitucionalmente defectuosa, al grado de correr ésta parejas, en lo que a imperfecciones de funcionamiento atañe, con el propio órgano del Cuerpo Académico; cosa que también va a entrar en la explicación que pretendo hacer en seguida.

La Academia, sociedad médica la primera de la República, instituto de

estudio, centro de indagaciones científicas, filtro depurador y de consagración de la validez de los procedimientos, innovaciones y reformas afectos al arte de curar, dirige sus esfuerzos a sostenerse y conservarse a la altura de su considerable papel, trabajando hoy, como ha trabajado siempre, con buena voluntad y con provecho; a menudo con verdadero entusiasmo, rayando a veces en apasionamiento por la resolución de problemas de interés trascendental; y jamás sin dejar de mantener la armonía científica indispensable a la buena marcha de la clase de trabajos que son su punto de mira y su objeto final.

Más sin ir a más que al año acabado de pasar, reproducción de muchos de los anteriores, se siente satisfecha de haber dado cima en él a una tarea útil y fructuosa; de haber desarrollado una labor que por sí sola no solo acredita la potencia de su actividad actual, la que ha podido desplegar y hacer efectiva en las por otro concepto críticas circunstancias presentes de su vida, sino también que ha dejado traslucir de manera clara fecundas energías latentes, comprimidas hoy, pero pugnando por salir a la luz del propicio mañana que les permita transformarse en fuente perenne de honra y gloria para ella y para la patria. Está satisfecha, por haber acrecido su ya rico caudal de inteligencia con la adquisición de tres escogidos cerebros más, sin haber perdido ninguno; lo está porque acaba de ver trascurrir un año feliz, pródigo de aquella intelectualidad activa y aquellas sabias enseñanzas que cuando una y otra se funden entre sí, forman por su combinación un poderoso luminar de lo más eficaz para disipar errores y hacer resplandecer verdades.

En fin, lo he dicho y estoy a punto de creer haberlo demostrado; la Academia vivió opulentamente durante el último finado año; y hoy al hacer las honras de él, como otras veces en iguales solemnidades ha hecho las de otros, siente noble orgullo y gratísima complacencia en dejar ver su deleitosa satisfacción de haber sabido vivir tan ricamente, y en dejar entrever su inquebrantable tendencia natural a continuar viviendo cuando menos en la misma escala de legítimas satisfacciones morales.

Desgraciadamente tiene sin quererlo ni merecerlo, una preocupación constante y muy honda, que se recrudeció recientemente: está haciendo contra su voluntad y contra sus naturales deseos un papel muy parecido al de ciertos sabios ególatras y egoístas: mucha ciencia con sumo trabajo adquirida y con esmero cultivada, muchos pebeteros encendidos y mucho incienso quemado para honrarla; pero todo a puerta cerrada: para el uso particular y casi exclusivo del dueño.

¡Pobre opulencia de la Academia! O por mejor decir, es verdadera y grande lástima que nuestra abundante cosecha, la cera y la miel de nuestro panal, las utilidades líquidas de nuestro balance, casi no tengan más apli-

cación inmediata que la de nuestro uso particular y poco menos exclusivo, como en el caso de ciertos sabios ególatras y egoístas.

Pero no está en nuestra mano remediar el mal. Somos como planta exótica dotada todavía hoy de grandes resistencias naturales, sin las cuales no mostraríamos el raro prodigio de continuar viviendo sobre suelo tan deleznable y en atmósfera revuelta y agitada por vientos tan encontrados y tan malsanos.

Las reseñas anuales de nuestras labores demuestran que sabemos fabricar ciencia y hacer progresar nuestro arte. En cambio, nada en ellas ni fuera de ellas prueba en manera alguna que sepamos proporcionarnos dinero, ya no con el fin mil veces soñado de ensanchar el estrecho horizonte de nuestras bastante maniatadas energías, de nuestras comprimidas actividades, en el que efectuamos, no obstante, los milagros reseñados que tanto nos satisfacen y enorgullecen; siquiera para asegurar con alguna holgura, aunque modesta, decorosa, el mantenimiento de nuestra existencia económica. Para nadie será esto motivo de extrañeza, visto que la Corporación está hecha para lo primero y no para lo segundo.

Ya es bastante el haber dado pruebas nuestro bajel académico, llegado el caso, de saber sostener su opulencia científica y su pujanza intelectual colectiva a flote sobre el proceloso mar de la miseria económica, sin que ésta haya amenguado en nada la cohesión hasta hoy inalterable de nuestra organización.

Qué mucho, entonces, que no podamos hacer partícipes a otros del producto de nuestros estudios, en la medida que desearíamos, cuando nuestra circunvolución de Broca, la «Gaceta Médica de México», necesita de sangre especial para funcionar regularmente, y la poca de esta especie con que hemos podido contar —sin referirme a más que a los días apurados que tuvimos recientemente, vistos por mí—, no bastaba ni para mantener la indispensable actividad permanente de funciones secundarias de órganos mucho menos nobles, algunos hasta vulgares, pero muy más hiperestésicos, irritables y exigentes.

En conexión, o sin ella, con todo o con parte grande o chica de lo que hasta aquí llevo dicho, sin excluir nuestros vaivenes de fortuna dichos, vistos o adivinados, se me antoja ser ahora el momento de encajar dos noticias descomunamente agradables principalmente para la Academia misma.

La primera, realización, desde hace meses esperada con impaciencia, de la promesa que nos había hecho quien por el momento podía hacerlo y cumplirlo, se adelantó a darse por sí sola, puesto que como lo estáis viendo, estamos otra vez instalados ya, aquí, en donde estamos; es decir, cobijándonos de nuevo bajo el techo de la Facultad, satisfechos, contentos, alegres, y con el corazón rebozando gratitud por habérsenos devuelto a la

casa que nos habíamos acostumbrado ya a considerar como nuestra casa.

En cuanto a la segunda noticia, vino a mi conocimiento en uno de estos últimos días y ya no soporto el cósquilleo que me hace por salirme a impresionar gratamente a los señores Académicos. Allá va, no sin pedir yo dispensa de dejarla ir así, como disparada: «Siguen haciéndose efectivos los deseos de las autoridades superiores del nuevo Gobierno actual de sustentar mejor nuestra Corporación y fomentar nuestros trabajos; y en adelante, no en propiedad, pues sería mucho pedir por hoy, pero tendrá la Academia ciertos laboratorios a su disposición.»

¡Detalles?... Ya los dará el nuevo Presidente en sesión ordinaria. Yo no hago más que dar suelta a una noticia que no quiso quedármese dentro.

Y ahora dígame si no todos estos asuntos expuestos así, como muestras, son prueba fehaciente de la veracidad de mi tesis acerca de la copia y variedad de urdimbres ya hechas, sobre las que quien lo supiera hacer podría tramar, entretejer y aún bordar no uno, sino muchos primorosos discursos.

¡Cuánto he sentido, por esta vez, no contar con tales habilidades! Hubiera traído un discurso vistosísimo; pero no sobre ninguna de las cosas que ya expuse. Habría elegido como asunto un gesto como ahora se dice, muy bello y muy significativo de casi todos los académicos, que fué una de las particularidades de más grata impresión para mí durante el período presidencial al que le estoy poniendo el último punto de sutura.

Hago referencia a cuando los Señores Académicos echaron mano a sus respectivos bolsillos, a fin de reunir cierta suma... que necesitábamos con urgencia para diversos gastos apremiantes.

Han de recordarlo. Fué cuando el mozo, a quien hacía ya algún tiempo se había dejado de nuevo de pagarle su sueldo, exigía al Sr. Tesorero le proveyera siquiera de escobas útiles, y no había en la Tesorería con que comprarlas.

Este rasgo colectivo y otros individuales de índole semejante, ¡qué urdimbre más a propósito para tramar en ella los hilos consistentes y sólidos de un buen discurso, entretejido con pensamientos de colores escogidos y recamado con el oro y la pedrería de las figuras retóricas de que disponen a manos llenas, y derrochan con sin igual prodigalidad, quienes consagran buena parte de su vida a la creación y fabricación de las portentosas obras del arte de vaciar las ideas en el papel!

Pero no entendiendo yo una palabra de eso, ya lo véis, el asunto que me ha parecido más digno entre todos de constituir el fondo del magnífico discurso que hubiera traído, a haberlo sabido hacer y haberlo hecho, vine a parirlo del modo más natural, pero también más indiscreto, exhibiéndolo totalmente desnudo y expóniéndome a que los miembros de mi familia académica tomen la cosa a mal, por considerar que partos así, tan prosaicos y



vulgares, en acatamiento a perentorias órdenes dictadas por las conveniencias sociales deben verificarse en familia y no delante de invitados.

Total: que creo haber patentizado a las mil maravillas, no servir para hacer discursos; y no quedarme otro remedio que pedir perdón e implorar la indulgencia de los pacientes oyentes de esta mi turbia logorrea, a fin de que se dignen aceptármela como si en verdad fuera el discurso que el Reglamento de la Academia me mandó irreflexivamente venir a leer. Con lo cual acaba aquí mi último mal rato, así como el que a mi auditorio le he hecho pasar.

México, 1º de octubre de 1917.

R. E. MANUELL.